

Historias Acuarianas Para Niños

El Pequeño Trabajador Cansado por Dorothy V. Baird

—Estoy cansada de trabajar —dijo la pequeña abeja—. Creo que voy a vagar por ahí a ver qué encuentro.

Y así, con estas palabras, la pequeña abeja, que había estado ocupada haciendo miel como las otras abejas, dejó el agradable trabajo de tomar el dulce líquido de las flores que la llamaban con olores hermosos y colores bonitos, y se adentró en el bosque oscuro.

Bajo una gran hoja verde había una pequeña ranúnculo amarilla. La abeja se detuvo y conversó un rato con ella. Su carita redonda y alegre recibió a la abeja, y la ranúnculo le preguntó por qué no estaba trabajando en ese hermoso día.

—Oh, estoy muy cansada. Creo que necesito descansar —respondió ella.

—Qué lástima. Está bien que descanses cuando estás cansada. Pero no te alejes demasiado, porque hay muchas plantas extrañas en este bosque. A menudo oigo a los insectos hablar de seres queridos que se han perdido. Hay una planta grande que parece bonita, pero es muy mala.

—¿Cómo es? —preguntó la abeja.

—Es de color verde amarronado y tiene muchos dientes grandes y afilados, y una boca y una nariz enormes. Parece que nunca, nunca se llena, siempre tiene hambre. Tampoco huele bien como las flores. Así que si no hueles nada dulce, ten cuidado: puede ser la flor mala —advirtió la ranúnculo.

—Tendré cuidado. Además, no voy a quedarme mucho tiempo. Solo voy a vagar un poco —dijo la abeja mientras volaba.

Primero se posó entre unos helechos frescos. Sus hojas finas y plumosas le hicieron pensar en encajes. Se sentó en el helecho y se balanceó de un lado a otro, como hacen los niños y niñas en un columpio. La suave brisa la refrescaba y hacía que el helecho se moviera, así que la pequeña abeja cansada no tenía que esforzarse para columpiarse. Se sintió tan descansada y feliz que se quedó dormida en su columpio.

Durmió un buen rato. Cuando despertó, había empezado a llover. Buscó en vano a sus hermanas abejas, pero ya no estaban. Sintió miedo y voló aquí y allá. Cuando estuvo demasiado cansada para seguir volando, se posó en una hoja grande, muy bonita y suave, que la protegió de la lluvia. Tenía las alas un poco húmedas, así que se quedó allí un momento y las movió rápidamente hasta que se secaron.

—Podría mirar un poco alrededor mientras deja de llover —se dijo—. Vaya, qué flor tan rara. Tampoco huele muy bien.

Claro que ya se había encontrado con muchas flores que no olían bien, así que esta no le preocupó. Hacía rato que había olvidado la advertencia de la pequeña ranúnculo amarilla.

—Qué dientes largos y afilados tiene. Y, cielos, qué profundo se ve su interior. Me pregunto qué habrá al fondo. Creo que iré a ver —exclamó la abeja.

Muy lentamente, caminó hacia el borde de la flor, donde estaban los dientes largos, y volvió a mirar hacia el fondo. Vio algo pequeño moviéndose allá abajo. Como estaba un poco oscuro en el bosque, al principio no podía distinguir qué era. Miró durante mucho rato y finalmente reconoció a una hormiga roja. La hormiga intentaba decirle algo, pero ella no podía oírlo porque su voz era muy débil.

—¿Qué dijiste? —gritó.

—Mmmm, mmmm —fue todo lo que pudo entender.

—¡Habla más fuerte, no te oigo! —gritó una vez más.

Muy débilmente, llegó la voz desde allá abajo, más allá de los dientes largos y afilados.

—Vete. No te acerques más, o no podrás salir. Yo nunca volveré a ver el sol ni a caminar con mis hermanos y hermanas. Estaba cansada de trabajar, así que me escapé ayer y entré aquí para ver qué encontraba. Ahora no puedo salir.

—¡Oh, pobrecita! —gritó la abeja.

Entonces, de repente, lo supo: era la flor grande y mala. Una flor que te atrapaba y nunca te dejaba ir si pasabas más allá de sus largos dientes.

De un pequeño salto, la abeja se alejó hacia el borde exterior, muy asustada, y comenzó a llorar.

—¿Por qué me fui? Nunca volveré a dejar a mis hermanas trabajadoras. Además, prefiero estar ocupada. Cuando estoy sin hacer nada, me meto en problemas. Ay, cielos, ojalá pudiera encontrar a la Reina Abeja —se lamentó.

Se quedó allí sentada mucho tiempo, hasta que el sol volvió a salir y la luz se hizo más brillante. Pronto escuchó el zumbido de las abejas mientras llevaban el dulce líquido de las flores para hacer miel. Llamó una vez más a la pobre hormiga roja, pero ahora estaba muy quieta y no podía hablar. Así que, con una pequeña lágrima en sus ojos por ella, que, como la abeja misma, no había querido trabajar, voló de regreso con las abejas y fue feliz haciendo su parte hasta que el sol se escondió detrás de los árboles y las flores susurraron: "Buenas noches".

En sus oraciones de esa noche, recordó a la pobre hormiguita roja que no volvería a trabajar nunca más. Y dijo que se aseguraría de volver para darle las gracias a la pequeña ranúnculo amarilla por haberle contado de la flor grande y mala que atrapaba a las abejas y a las hormigas que no querían trabajar ni ayudar a sus hermanos y hermanas.